

El Mensaje de Navidad

Un sermón sobre Lucas 2:7

Por el Rev. G. Van Reenen (sermón 111b)

Lectura Bíblica: Lucas 2:1-20

Salterio 255: 1, 2, 3

241: 1 - 5

262: 1, 2

200: 1, 2, 3

Introducción

¡Navidad! ¿Quién entre nosotros, queridos amigos, es capaz de expresar la profundidad de lo que expresa la palabra “Navidad”, y el significado que tiene este asunto para la Iglesia de Dios? De hecho, cuando conmemoramos el nacimiento de Cristo, de nuevo nos recordamos de lo que ha sucedido durante los 6.000 años de existencia que tiene el mundo. ¿No nos demuestra esta fecha, de una manera especial, la misericordia soberana de Dios, por la cual las puertas del cielo se abrieron, y el beneplácito de Dios se ha hecho manifiesto en el pesebre de Belén? Aunque hemos conmemorado el nacimiento de Jesús muchas veces durante nuestra vida, siempre se queda nuevo y memorable, y para los hijos de Dios siempre es motivo de adoración.

Oh amigos, sigue la verdad de lo que dijo el ángel a los pastores que guardaban sus rebaños en aquel primera Navidad: “*Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo*” (v. 10). Sí, es verdad que la conmemoración de este acontecimiento es motivo de gran gozo, y ese gozo no sólo era para la descendencia de Abraham, sino que era, es, y será para todo el pueblo.

Por lo tanto, este día, desde todas partes del mundo, desde el Norte, el Sur, el Occidente y el Oriente, miles y miles de ojos mirarán a Belén, y a Aquel Niño que está costado en el pesebre. Una cantidad de voces que no se puede enumerar regocijará con Isaías: “*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz*” (Isaías 9:6). Que este día también sea para el gozo y salvación para muchos de nosotros.

Esta mañana se encuentran las palabras de nuestro texto en Lucas 2, versículo 7 donde leemos en la Palabra de Dios: *“Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”*. Con la ayuda de Dios, deseamos hablar sobre:

El Mensaje de Navidad

Con cuatro pensamientos principales:

- 1. El rico contenido del mensaje;**
- 2. La profunda humillación que se manifiesta en este mensaje;**
- 3. La instrucción preciosa de este mensaje;**
- 4. La dulce consolación que contiene este mensaje.**

Queridos amigos, este relato del nacimiento de Cristo, que encontramos en los Evangelios, tiene que ver con el acontecimiento más importante jamás en la historia del mundo. Por otro lado, la historia del nacimiento de Cristo es maravillosa por su sencillez. Los cuatro evangelistas escriben sobre ello con un lenguaje tan sencillo, como si fuera el asunto más común del mundo. De hecho, algunas personas se han ofendido por causa de la sencillez con el cual se escribe la historia del nacimiento de Cristo. Incluso algunos han preguntado: “¿Acaso los evangelistas no se dieron cuenta de la grandeza del nacimiento del Salvador? ¿Acaso lo creyeron ellos? Pues escriben acerca de ello con un lenguaje tan sencillo.” A pesar de esto, amigos, justamente a través de la sencillez de este acontecimiento aparece la Divinidad del nacimiento de Cristo, pues en el relato se manifiesta la inspiración divina del Espíritu Santo. Si nosotros tuviéramos que escribir acerca de este acontecimiento, ¡cuántas palabras grandes y rebuscadas emplearíamos! ¡Cuántas hojas de papel necesitaríamos para hacerlo! Con tan solamente el nacimiento de un hijo del rey terrenal, ¡cuántos esfuerzos se emplean para ensalzar este hecho lo más posible! Sin embargo, el Espíritu Santo no permitió que los escritores de las Sagradas Escrituras escribieran así sobre el nacimiento del Rey Celestial. No era necesario ensalzar este acontecimiento hasta los cielos, ¡pues el mismo hecho es celestial de por sí!

Sin embargo, amigos, no pensemos que por lo sencillo que se escribió el mensaje del nacimiento de Cristo, el contenido del mensaje sea poco o pobre. ¡Al contrario! Por más sobrias y sencillas que sean las palabras empleadas para poner en palabras el nacimiento de Cristo, cuánto más rico y bendito, y hasta inexpresable, es el significado del contenido de este mensaje. Es más, por medio de este mensaje tan bendito, miles y miles de personas a través de los años han encontrado alimento espiritual para sus almas. De hecho, este relato sencillo es una fuente por la cual una cantidad innumerable de personas ha sido animada espiritualmente, y muchos más siguen siendo fortalecidos por medio de este relato hasta el día de hoy. Por lo tanto, en nuestro primer pensamiento, veamos **el rico contenido** del mensaje de Navidad.

Primer pensamiento

“Y dio luz a su hijo primogénito”; así se relata el gran acontecimiento del nacimiento de Cristo. ¡Qué riqueza de contenido se encuentra en estas palabras! Cada palabra tiene un significado sumamente importante. En primer lugar, tal vez usted pregunta: “¿Quién es esta mujer que dio luz a su hijo primogénito?” Y, la respuesta es que ella es la raíz de aquel trono, del cual retoñará el Vástago real, como leemos en Isaías: *“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces”* (Isaías 11:1). María era una madre diferente a cualquier otra madre que jamás haya vivido. Era una madre que era una virgen, quien, sin conocer a ningún hombre, dio a luz a un hijo, formado de su propia carne y sangre. Sí, María fue aquella mujer de quien escribió el profeta Isaías: *“He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”* (Isaías 7:14). María fue aquella hija de Eva, la primera mujer, a quien se había prometido que a la serpiente le heriría en la cabeza.

¿Cuándo dio a luz a su hijo primogénito? Fue en lo que se llama el *“cumplimiento del tiempo”* (Gál. 4.4), cuando las profecías del Antiguo Testamento serían cumplidos. Hay otra razón por la que aquel tiempo se llama el “cumplimiento del tiempo”: la Iglesia de aquella época era tan decaída de modo que no podía seguir así. Las condiciones eran tan tristes, y nada menos que la venida del Señor podía liberar a Su pueblo. Por siglos, se habían esperado las promesas del Señor, pero esas ya habían perdido su poder a través de la decaída de la Iglesia. No había habido un profeta de Dios por

cuatro siglos, y el pueblo de Israel comenzó a descreer sus escrituras. No podía seguir así, y entonces....María dio a luz a su hijo primogénito.

Hijo de Dios entre nosotros, así es siempre en tu vida, sea en cuanto a la liberación tanto de la miseria del cuerpo como del alma. También en la vida de la gracia el Señor tarda hasta que nadie pueda ayudarte más, y hasta que ninguna promesa te consuele más. En la vida del hijo de Dios, tiene que llegar al momento cuando dicen: “O venga Cristo o me muera”. Entonces, cuando Él te ha dicho: “*¿Qué quieres que te haga?*” (Marcos 10:51), tú has respondido con David, “*Guarda mi alma, y líbrame*” (Salmos 25:20), y Él ha librado tu alma.

El mensaje del nacimiento de Cristo también es rico en contenido cuando preguntamos: “¿A quién dio a luz María?” Nuestro texto dice que “dio a luz a su primogénito”. De hecho, uno de los gozos de la maternidad es el dar a luz al primogénito. No obstante, esto de por sí no es lo que hace que el mensaje del nacimiento de Cristo sea rico. El Hijo que es nacido de María es un milagro infinitamente más grande que todo otro hijo que nace, y aun es mucho más grande del nacimiento de que se había hablado en las montañas de Judá en aquellos días, es decir, el nacimiento de Juan el Bautista. María dio a luz a un Hijo que fue engendrado por el Espíritu Santo. No tiene un padre humano, y por lo tanto no tiene pecado original. Es más, el Hijo que nació de María es el Redentor, el Mesías, y el Salvador de todo el mundo del pueblo elegido de Dios.

¿Quién es este Hijo nacido? Es Aquel que fue prometido a los padres de Israel; es Aquel que fue esperado tanto por la gran multitud del pueblo de Dios y los profetas. Después de tantos años, Él había llegado, y ahí se encuentra en el seno de María. Es el Profeta del cual Moisés había profetizado (Deut. 18:15); es el Sacerdote de Quien Zacarías había profetizado (Zac. 3:8); es el Cordero que “fue llevado al matadero” (Isaías 53:7). Entonces, ¿quién es este Hijo nacido? Para resumirlo, podemos decir que Él es Dios, digno de ser alabado de los siglos hasta los siglos; es la segunda Persona de la Santa Trinidad”.

¡Ha nacido el Hijo de Dios, el Señor de todos los ángeles, y el Redentor de Israel! No es de sorprender que todo el mundo conmemore esta fecha; ¡ojalá que este hecho

fuera más entendido y mejor conmemorado! Pues tantos son los que no Lo conocen tal como es; diremos más sobre eso enseguida.

Ahora bien, ¿*dónde* dio a luz María a su hijo primogénito? Este gran hecho sucedió en Belén, lo que ya se había profetizado por Miqueas: *“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”* (Miqueas 5:2). Había tantos recuerdos que vienen a la mente cuando se habla de Belén. Noemí había salido por la puerta de esta ciudad como una mujer rica, y había vuelto como una mujer pobre; ahí en Belén Booz había redimido a su amada Rut; David vivía en Belén. No había un lugar más apropiado para que naciera el que se llama el “pan de la vida”, pues “Belén” significa “la casa de pan”, o “almacén de pan”. ¿Dónde podría uno buscar el pan verdadero más que en Belén, la casa de pan?

No obstante, el hecho de que Cristo haya nacido en Belén fue un milagro que demostró el cuidado fiel de Dios para con Su pueblo. Si hubiera sido la decisión de María dónde dar a luz, seguramente habría escogido Nazaret, la ciudad donde vivía. Sin embargo, el Señor sabe cómo llevar a Su pueblo donde Él quiere que estén. Y así es que el Señor empleó a Augusto César como un instrumento en Sus Manos divinas, inclinándolo a promulgar un edicto que todo el mundo fuese empadronado. (Esto quiere decir que se llevó a cabo un censo del pueblo para contarlos.) Cada uno tenía que volver en aquel tiempo al lugar de su nacimiento; y también José y María tenían que ir a Belén para ser empadronados ahí. Así que no fue por casualidad que María diese a luz a Jesús en Belén; todo fue en la gran providencia de Dios. El gran propósito de Dios era llevar a María a la ciudad donde tenía que nacer el Mesías.

Así todavía obra el Señor en la vida de Su pueblo; aunque todo el mundo tenga que moverse para que el Señor nos lleve adónde Él nos quiere, así lo hará el Señor. Si era necesario que hubiera un terremoto para que el carcelero filipense se arrepintiera, ¡entonces el Señor hizo que temblara la tierra!

De esta manera, hemos considerado el rico contenido del mensaje del nacimiento de Jesús. Ahora, en nuestro segundo pensamiento principal, veamos **la profunda humillación que se manifiesta en ese mensaje.**

Segundo pensamiento

Si nos preguntamos en qué condiciones María dio a luz a su hijo primogénito, la respuesta nos debe avergonzar. En nuestros pensamientos, miremos al primogénito de María, acostado en el pesebre y envuelto en pañales, que no eran más que unos trapos. Amigos, aún para el más pobre entre nosotros, cuando nacimos había algo de ropa para poner, ¿no? Pero, ¡para Jesús no había nada! Él que es Dueño de todo en este mundo nació y fue envuelto en estos pobres pañales. ¡Él que viste los lirios en todo su esplendor tenía que estar envuelto en pañales! ¿Acaso no nos debe ser motivo de humillación? Imagínense, el Mismo Creador del mundo tenía que nacer como un niño indefenso, y tenía que ser llevado y ayudado en todo, como cualquier niño de los hijos de Adán. Es más, sus padres Lo acostaron en un pesebre, que era algo que se usaba para darles comida a los animales. Piénsenlo: Jesús es Dios; y en la Biblia leemos lo siguiente acerca de Él: *“Mas, ¿quién será capaz de edificarle casa, siendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo?”* (2 Crón. 2:6). Y ahora, María ¡Lo acuesta en un pesebre en el lugar donde quedaban los animales!

Aquí vemos que Aquel que dio la Ley en el Monte Sinaí ya tenía que hacerse siervo bajo la Ley. Oh amigo, mira la creación de este mundo, con la belleza y la majestad en los cielos arriba y en las profundidades de la tierra; mira las estrellas, el sol tan resplandeciente, y la luna con toda su belleza. Jesús, como segunda Persona de la Santísima Trinidad, participó en la creación de todo eso.....y ahora, Lo vemos en un pesebre humilde, envuelto en pañales, donde casi nadie se fija en Él, y la gente alrededor no Lo reconocía tal como era, ni mucho menos Lo honraban.

Oh, hijo de Dios, mira a Tu Jesús acostado ahí, y date cuenta de que es por motivo de nuestra culpa que Él tiene que estar ahí. Oh, ¡qué humillación más profunda! Nuestros pecados han traído a Jesús desde Su trono en el cielo, y han hecho que Él tuviera que ser acostado en ese lugar tan pobre y humilde. Queridos amigos, ahora tal vez ustedes vean por qué los hijos de Dios llegan a aborrecer el pecado, al ver la profunda humillación de Su Salvador en el pesebre de Belén.

Nuestro texto también nos cuenta por qué María dio a luz a su Hijo primogénito y Lo puso en el pesebre de un establo: *“porque no había lugar para ellos en el mesón”*. Amigos, ¿acaso no debemos mirar el mensaje de la Navidad como un mensaje de profundísima humillación? Pues estas palabras contienen una acusación, no sólo en

contra de los habitantes de Belén, sino también en contra de todo Israel, y de hecho todos los pueblos del mundo.

¿Para *quiénes* no había lugar en el mesón? Nos dice que no había lugar para *ellos*, así refiriéndose a José, María y Jesús. No había lugar para José, aquel carpintero humilde que cumplía su deber de empadronarse, y en obediencia al edicto del gobierno, había ido a Belén para ello. Peor aún, no había lugar para María, esa mujer embarazada que era tan favorecida y bendita entre las mujeres. Cuán verdad es el dicho de Salomón cuando nos dice: *“El corazón de los impíos es cruel”* (Prov. 12:10). Sin embargo, cuán infinitamente más peor aún, peor que cualquier otra cosa, es que no había lugar en el mesón *para el Niño Jesús*. Si tan solamente escuchamos lo que los siervos de Dios habían dicho de Él: *“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro”* (Isaías 9:6); otro nos dice que *“Dios fue manifestado en carne”* (1 Tim. 3:16); aún otro testificó de Él: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente”* (Mt. 16:16). Ahora bien, habiendo testificado tanto sobre Él, y ¡no había lugar para Él en el mesón! ¿Acaso no es esto una humillación más profunda?

Este hecho se hace aún más profundo cuando consideramos a qué fin el Hijo de Dios vino a este mundo. Vino a librar del infierno y de la destrucción a aquellos que no quisieron hacer lugar para Él en el mesón. Escuchen lo que dijo sobre el lugar que Él Mismo haría para *ellos*: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; y si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”* (Juan 14:2).

Debido a que el hombre había quebrantado el pacto de obras, como consecuencia había una gran separación entre Dios Santo y el hombre culpable: una separación entre el lugar celestial y la tierra maldita. Y ahora, este precioso Jesús había venido para restaurar la comunión entre Dios y el hombre, y para ser *“llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”* (Isaías 58:12). Hacía muchos años esto ya se había representado en el sueño de Jacob, cuando soñó con *“una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo”* (Gn. 28:12). Este sueño señaló que a través de esta escalera, que representó a Cristo, por medio de Quien las bendiciones del cielo pudieron descender al hombre, y por medio de Quien el hombre podía ser llevado a la casa de Dios Padre. Sin embargo, para hacerse el medio de esta comunión entre Dios y el hombre, era necesario que Jesús se humillase y que se

hiciese hombre, para así llevar su carga, recibir su reproche, y sufrir todas las tristezas y aflicciones que merecía el hombre. Sí, amigos, Jesús tuvo que sufrir la muerte que mereció los Suyos, la muerte de los malditos, para luego descender a los infiernos. Jesús tenía que presentar una justicia eterna a Su Padre para Sus Hijos, y así tenía que vivir como deberían haber vivido ellos, cumpliendo las demandas de la Ley de Dios, y ofreciéndose a Sí Mismo como el holocausto para expiar la culpa de Sus hijos.

Para esto, entonces, vino Jesús al mundo, y se humilló tanto, hasta nacer en Belén. Piénsenlo bien: ¡no había lugar para Él en el mesón! No había lugar para Él en el palacio, aunque Él era digno de estar ahí como el Rey de los reyes. No había lugar para Él en una casa, ni en el mesón que se empleó para hospedar a los viajeros. ¡Cómo esto se presenta como una acusación contra el pueblo de Belén (y de hecho, contra todos nosotros)! Recuerden, amigos, Dios no hace la vista gorda cuando ve que Su Hijo Santo es menospreciado tanto; no permite que sean sin castigo aquellos que provocaron Su ira así. Si los de Belén no tienen lugar para el Hijo de Dios y sólo Le dan un lugar en un establo, pues Dios no tendrá lugar para ellos. Es así que Dios permitió que aquel Herodes, un hombre terrible, matara a todos los niños menores de dos años que había en Belén (Mt. 2:16). Aquí se ve la Mano de la ira de Dios. Sin embargo, ¿quién puede echar la primera piedra a los de Belén, amigos? ¿Acaso hay lugar para Cristo en nuestro corazón? Consideremos esto en nuestro tercer pensamiento: la **preciosa instrucción de este mensaje.**

Tercer pensamiento

En el tiempo de Jesús, los mesones eran lugares públicos donde todos los viajeros podían entrar para pasar la noche. Sin embargo, como ya hemos visto, no había lugar en el mesón para José, María y Jesús. Amigos, ¿no es así el corazón de cada persona por la naturaleza? ¿No es este mesón una figura y un tipo notable del corazón no regenerado? Hay lugar para todo en nuestro corazón: hay lugar para el diablo, para el mundo, para la incredulidad, para toda clase de herejías, y para todos los placeres de este mundo. Todo lo que es malo encuentra mucho lugar en nuestro corazón en su naturaleza caída. Sin embargo, por la naturaleza *no* hay lugar en nuestro corazón para el Señor; no, no se encuentra ni el lugar más pequeño.

El establo de Belén es una ilustración del corazón de aquellos que han sido descubiertos por la gracia de Dios. Aquellas personas llegan a conocer algo de su corazón, y reconocen que es sucio e inmundado como un establo. Sin embargo, ¡aún en un establo sucio no hay lugar para cualquiera! ¿Piensan ustedes que un vaquero va a permitir que un vagabundo se aloje por una noche en su establo? Al contrario, si lo encuentra ahí adentro, emplearía cualquier cosa para quitarlo y ahuyentarlo. Diría: “¡Vete donde quieras, pero no te vuelvas a mi establo!” Amigos, es exactamente así con los hijos de Dios. Ellos aprenden que su corazón es tan sucio como un establo, y confesarán con Asaf: *“Era como una bestia delante de ti”* (Salmos 73:22). Tan pronto que el Señor obra en el corazón con Su gracia, el hijo de Dios desea desalojar el pecado que vive en su corazón; si pudiera, quitaría toda la corrupción de su corazón al instante. Pero el hijo de Dios aprende que no es capaz de hacer eso por sí mismo, y por eso comienza a orar cada vez más por el poder limpiador de la sangre de Cristo y Su Espíritu. Ellos empiezan a orar con el Salmista: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Salmos 51:10).

Al mismo tiempo, por la gracia de Dios el pecador ya desea abrir Su corazón para Jesucristo. Su oración ya es: “Ven, Jesús, y mora en mi corazón”. Además, donde ya hay lugar para Cristo en su corazón, también se encuentra lugar para José, María, los siervos de Dios, y todo Su pueblo.

Hijo de Dios entre nosotros, ¿no sería una Navidad verdadera en tu corazón si Jesús naciera ahí ahora mismo? ¿No es cierto que eso es el deseo de tu alma y tu oración cada día? ¿No es verdad que ya tienes un lugar amplio tanto en tu corazón como en tu casa para los hijos de Dios? Tal vez no era así antes, pero ahora cantas con el Salmista: *“Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos”* (Salmos 119:63). Antes, había lugar en tu corazón corrompido para todo: para el pecado, para la moda de este mundo, para el cine, y para muchas cosas más que ni vamos a mencionar. Sin embargo, ahora hay lugar para Jesús y para Su pueblo en tu corazón.

Déjame preguntarte algo: ¿Acaso no es esto una señal de que ha ocurrido algo en tu corazón? ¿Qué es esto que te ha sucedido? ¿Sabes lo que es? Es que el Señor ha cumplido Su promesa en tu corazón: *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre*

le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan 14:23). Amigos, si el Señor no hace esto, nunca habrá morada en nuestro corazón para Él, y si verdaderamente hay una morada para Él en nuestro corazón, eso es una prueba de que Él ha obrado esto en nosotros por medio de Su Espíritu.

Ahora consideremos nuestro último pensamiento: **la dulce consolación que contiene este mensaje.**

Cuarto pensamiento

Queridos amigos, es de suma importancia tener lugar en nuestro corazón para este precioso Jesucristo. Traten de pensar en Quien es Él: es el santo Hijo de Dios, el Ángel del Señor, el Dios-Hombre, Quien, según Su naturaleza humana no tiene padre, y según Su naturaleza divina no tiene madre. ¡Qué milagro es tenerlo en nuestro corazón! ¡Qué milagro es poseer la "Perla preciosa" (Mt. 13:46)! Los barcos navegan por los mares con cargos muy valiosos en sus bodegas; sin embargo, no es posible tener algo más valioso en la "bodega" de nuestro corazón que tenerlo a Jesús. ¡Qué consuelo más grande es esto para el pueblo de Dios! El hecho de que María dio a luz a su hijo primogénito es de gran importancia para todo el pueblo de Dios; sin embargo, me es mucho más importante que Jesús haya nacido en *mi* corazón. Pues, ¿qué me aprovechará si todo el mundo sea salvo y yo no lo soy? Es justamente este asunto personal lo que hace que Navidad sea una Navidad verdadera para nosotros.

Jesús es, pues, esa gran escalera que vio Jacob y lo que hemos mencionado arriba. Jesús Mismo nos lo ha dicho así: *"De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre"* (Juan 1:51). Y, si este precioso Jesús ha nacido en nuestro corazón, entonces ya hay un enlace entre el cielo y nuestra alma, entre Dios y nosotros. A través de este enlace, el cual es Jesús Mismo, el Señor ya puede comunicarse con nosotros, y por medio de esa comunicación, el Señor desciende a nuestro corazón con todas Sus bendiciones preciosas y salvadoras. Además, por medio de Cristo, nosotros podemos ascender a lo alto con nuestras súplicas y ruegos, y a veces también con nuestras alabanzas y con nuestra gratitud para dar testimonio de nuestro amor para con Él. Hijo de Dios, ¿no es preciosa esa comunión con Dios? Sin embargo, nunca te olvides que sin Jesús, no habría posibilidad de comunicarse con Dios ni tener comunión con Él.

Además, siempre debemos recordarnos de que esta “escalera de Jacob” es necesaria para que el Señor descienda para tener comunión con nosotros. Por lo tanto el nacimiento de Jesús es un milagro que demuestra el amor infinito de Dios, pues por decirlo así, Dios ha colocado esa “escalera” en la tierra como una muestra de Su gran amor. Nunca nos olvidemos que la Navidad no es una conmemoración del Hijo, sino que es una conmemoración del Padre, tal como la Pascua es una conmemoración del Hijo, y el día de Pentecostés es una conmemoración del Espíritu Santo.

Este precioso Jesús es la Luz que hace desaparecer las tinieblas y las sombras oscuras que viven en el corazón por nuestra naturaleza. Por Su luz, los hijos de Dios ven sus propias justicias como nada más que trapo de inmundicia (Is. 64:6); por medio de esta Luz, vemos nuestras propias virtudes como nada más que pecados “relucientes” ante los ojos santos del Señor. Por medio de esta luz, nos damos cuenta de que toda nuestra religión propia, todas nuestras supuestas buenas obras, todas nuestras oraciones, y toda nuestra asistencia a los cultos no pueden conseguir la aprobación de Dios; al contrario, se pronuncia sobre todo lo nuestro la sentencia: *“Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”* (Dan. 5:27). Nada nos puede salvar de la muerte eterna menos que el sacrificio que Dios Padre trajo a la tierra: Su amado Hijo Unigénito.

Asimismo, por medio de esta Luz que es Cristo Jesús, podemos ver una justicia que es *“mayor que la de los escribas y fariseos”* (Mt. 5:20); esta Justicia es el precioso Jesús Mismo. A través de la Luz que es Él, aprendemos a seguirlo, y luego, aprendemos a cargarle con nuestros muchos pecados. Por medio de Él, aprendemos a echar a Sus pies todas las acusaciones de la Ley, de Satanás, de la muerte y del infierno, con la oración: “Señor, Te ruego quitar esas acusaciones para mí”.

El nacimiento de Jesús en el corazón es de sumo beneficio, y eso se aprende más y más cuando Él llega a ser nuestro Consolador, nuestro Gran Médico, nuestro Maestro, nuestro Luchador, nuestro Gobernador, y nuestro Proveedor. Cuando Jesús es nacido en nuestro corazón, Él es todo en todo para nosotros: nos consuela en toda aflicción o tristeza; nos sana de nuestras heridas del pecado, y nos enseña todas las cosas que pertenecen a la salvación. Nos guía Él en toda verdad, y nos protege de todos nuestros enemigos malvados: Satanás, el pecado, y el mundo. Jesús nos libra de toda aflicción y

peligro, y nos provee todas las cosas necesarias tanto para el cuerpo como para el alma, tanto para este mundo como para el mundo venidero. Él no reposará hasta que nos haya librado de toda miseria y tristeza, y hasta que nos haya presentado como *“una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante”* en la casa de Su Padre (Ef. 5:27).

APLICACIÓN

Mis queridos amigos y compañeros de viaje hacia la gran eternidad, quisiera preguntarles lo siguiente: ¿Ya ha nacido en *tu* corazón este hijo primogénito de María? Antes de dar una respuesta afirmativa a esta pregunta, sería de mucho beneficio considerar algunos asuntos muy importantes.

¿Cómo es tu corazón? ¿Es como un mesón o es como un establo? Si tu corazón es como un mesón donde se puede alojar cualquiera, esto es muy triste. Normalmente la casa de uno es una buena reflexión de lo que vive en el corazón de uno. Si nuestro corazón tiene lugar para el mundo, para los enemigos de Dios y Su pueblo, para mentirosos, blasfemadores de Dios, para los que profanan el Día de reposo, y para los que maldicen, siento decirte que estas son pruebas de que tú eres una persona no regenerada, y no puede haber lugar para Jesús y para Su pueblo en el “mesón” de tu corazón.

No es lo más grave para el pueblo de Dios si no hay lugar para ellos en tu casa y en tu corazón, pues para ellos no les afecta en cuanto a su esperanza de vivir y morir dichosamente. Sin embargo, es sumamente grave para ti si no hay lugar para Jesús en tu corazón. Considera una vez más el juicio horrible con el cual Dios castigó a Belén por el hecho de que no había lugar para Su hijo en el mesón. Si no hay lugar para Él en tu corazón, Dios pronunciará un juicio aún más grave sobre ti; te dirá: “Tú no tenías lugar ni en tu corazón ni en tu casa para mi Hijo y mi pueblo, y por lo tanto no tendré lugar jamás para ti en mi Casa Celestial”. Entonces, amigo mío, no te quedará más que experimentar la destrucción horrible y eterna del infierno, que Dios ha preparado para todos aquellos que desobedecen a Su Hijo. En aquel lugar terrible, tú crujirás los dientes para siempre con la misma boca con la cual has blasfemado a Dios durante esta vida. Puede ser que ahora tú celebres el nacimiento de Jesús con un árbol de Navidad en tu casa, y puede ser que cantes hermosos villancicos (“*palabra correcta*

para traducir "Christmas carols", pero si no se entiende, también puede traducirse "himnos navideños"); sin embargo, ¡estas cosas no te pueden librar tu alma del infierno! Al contrario; estás aumentando la condenación que recibirás, pues el celebrar la Navidad así es una abominación ante los ojos de Dios, y el sonido de tu voz es algo disonante para Él.

Amigos, hay muchos que viven con una creencia fuerte de que Jesús es nacido en sus corazones, pero de hecho no Lo conocen a Jesús en lo más mínimo. Es más, él que vive en sus corazones es, por decirlo así, un "diablo piadoso", actuando como ángel de luz. (Ver 2ª de Corintios 11:14.) Estas personas son muy religiosas y piadosas, y se ponen más activas cuando toca conmemorar el nacimiento de Jesús. Sin embargo, muy pronto estas personas compadecerán en el juicio venidero, y dirán: *"Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?"*, pero oirán las palabras terribles: *"Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad"* (Mt. 7:22, 23). Y, los que es aún más triste, por más que uno les diga a estas personas que están equivocadas que deben examinarse más en la luz de las Escrituras, no se convencen. Oh hombre, ¡que desilusión más grande experimentarás a la hora de tu muerte, pensando entrar en el reino de Dios, pero estando echado fuera para siempre! Mi oración es que el Señor intervenga en tu vida, y que te abra los ojos ciegos de tu alma para que veas el engaño que vives, antes de que te sea demasiado tarde.

Por otro lado, aquellos pequeños en la gracia, ustedes son muy privilegiados, pues para ustedes no es solamente el hablar de la obra de Dios; al contrario, han experimentado la gracia descubridora, y como resultado, han podido reconocer que su propio corazón no es más que un establo inmundo. ¡Qué lección más decepcionante es para cualquier persona aprender lo que realmente vive dentro de su corazón, pero que lección más necesaria! Es solamente la gracia Divina que nos puede convencer del pecado y enseñarnos que nos somos más que pecadores. Si Jesús, Quien es la Luz verdadera, nace en nuestro corazón, entonces veremos lo que ha llegado a ser nuestro corazón por medio del pecado: un establo para animales. No hemos sido hechos así por nuestro Creador; al contrario, Dios creó nuestro corazón como un *palacio* donde moraba Su Majestad. Pues, era según Su voluntad Divina morar dentro de nuestro

corazón en el estado de la perfección. Sin embargo, por medio del quebrantamiento del pacto de obras, nuestro corazón ha llegado a ser un establo inundo. Y cuando un pecador recibe esta enseñanza por la luz de Dios, ¡cómo trabaja para tratar de quitar todos los “animales” y todas las inmundicias de ese establo! No obstante, el pecador aprende que por más que intente hacerse limpio, y a pesar de todos sus esfuerzos y lágrimas, su corazón se hace más y más inundo.

¿Es así en tu vida, hijo de Dios entre nosotros? Entonces, el mensaje de Navidad tiene mucho consuelo para ti: Jesús no nació en el mesón, sino que ¡nació en un establo! ¿Has considerado este mensaje bendito alguna vez? Si lo has hecho de verdad por la gracia de Dios, entonces has abierto las puertas de tu corazón y de tu casa para Jesús y Su pueblo. Entonces la oración de tu corazón para Navidad es: “Oh Señor Jesús, ¡que nazcas también en mi corazón!” Entonces sería Navidad para ti en todo sentido, si el Señor Jesús nacería en tu corazón, ¿no es cierto? Ahora bien, puedo decirte con toda certeza que si es la obra de Dios en tu vida, que sí esto tomará lugar, si es que no ha tomado lugar todavía.

Consideremos por un momento ese “nacimiento” de Jesús en el corazón. En el cumplimiento del tiempo, Jesús no nació en Belén como hombre, sino como un bebé. Y así es en el corazón de un hijo de Dios; cuando ocurre, el pecador no se da cuenta de ello inmediatamente. Donde Él nace un corazón, lo hace completa y enteramente; sin embargo, tal como María envolvió a su bebé en pañales, así todo se ve muy pequeño para el hijo de Dios al momento de este nacimiento de Jesús en el corazón.

Para que podamos entender correctamente el misterio de la Navidad, en primer lugar es necesario que experimentemos estar en Gólgota. Además, es necesario conocer nuestro propio corazón por medio de un Pentecostés espiritual, tal como las personas que fueron testigos del nacimiento de Jesús en Belén y no entendieron su significado hasta ser enseñadas por el Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Sólo entonces aquellas personas en el Nuevo Testamento pudieron salir a predicar la Pascua y la Navidad, después de ser enseñado por la luz del Espíritu Santo.

Es así también que se aumenta Jesús en el corazón y en nuestro conocimiento. Y tanto más que Él aumenta en nuestro corazón, tanto más que menguamos nosotros, y tanto más aprendemos acudir a Él más y más. Así que por fin no serán “niños

fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (Ef. 4:14), sino podrán decir con el apóstol: *"Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Gál. 2:20). Además, cuando nosotros, por la gracia de Dios, tenemos un lugar para el Señor en nuestro corazón y para Sus hijos y Sus siervos, también Él tiene un lugar para nosotros en Su casa.

Hijo de Dios, si es una bendición tan grande ya tener un lugar para Dios en nuestra casa y un lugar para Cristo en nuestro corazón, ¡cuánto más bendito será cuando pronto tengamos un lugar con Él en el precioso corazón del Padre! Entonces Lo veremos, ya no como el niño de Belén envuelto en pañales y echado en un pesebre, sino como el Rey de la gloria en todo el esplendor de Su gloria y majestad, con miles y miles de las huestes celestiales alrededor de Su trono. Entonces nosotros, juntos con todos que Lo han amado de verdad, Le daremos toda la alabanza, el honor y la gloria para siempre.

Entonces tú, enemigo que no quisiste arrodillarte delante de Jesús, irás a aquel mesón oscuro donde también habrá un lugar preparado para ti. Mientras los pobres hijos de Dios, a quienes tú te haces la burla, están siendo llevados a la casa eterna de Su Padre, tú estarás sido llevado al mesón que tiene el diablo mismo como mesonero. Tú tendrás que crujir los dientes para siempre, tomando de la copa de la ira de Dios, en el lugar que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles. Que Dios te convenza de esto y que lo ate a tu corazón, para que por Su gracias seas convertido a Él antes de que sea demasiado tarde. AMÉN